





ROSAS ROJAS

Marcela Fernández



Título: Rosas rojas

Primera edición: octubre, 2024

© 2024, del texto Marcela Fernández.

© 2024, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

ISBN: 978-84-10062-75-7

*Por mí, por ti, por todas nosotras
que una vez nuestra voz silenciaron*



Índice

Prólogo.....	9
Presentación.....	11
Entre sombras y susurros	13
Reflejos de envidia entre pasillos.....	21
El encanto de lo inesperado	27
El eco de tus caricias	33
Rabia desatada	39
Distancia impuesta.....	47
Alas de libertad	53
La voz que rompió el silencio	59
Más allá del estigma	65
Entre él y ellas	71
Obstáculos al aprendizaje.....	77
Cicatrices inesperadas.....	83
El mensaje de una extraña.....	91
La danza del veneno.....	101
Esperanza frágil	109
El sueño de un compromiso	129
Rivalidad invisible	135
Desgaste silencioso.....	149
El eco del dolor perdido	161
Simplemente Lían.....	171
Escapando del abismo.....	185
El resurgir de la esperanza.....	203
Marcada por el dolor.....	215

Tormenta perpetua.....	225
En busca de resguardo	239
Entre sombras de desamparo.....	249
El vuelo del fénix	257
A ti mujer.....	263
Agradecimientos.....	265

PRÓLOGO

Vivimos en un mundo estigmatizado, lleno de una violencia que se cobra muchas vidas. Una violencia que a día de hoy siguen negando, violencia de la cual en muy pocos casos se hace justicia.

A muchas mujeres las han matado silenciadas, muchas otras viven aterradas, y otras cuantas han logrado sobrevivir, dejándoles un peso emocional y físico muy difícil de borrar.

Es crucial que todo el mundo se una para acabar con esta lacra, y que la violencia de género se erradique definitivamente. Para ello es de vital importancia la educación y conciencia, programas en los que se eduque y cambien las normas de género, se enseñe el consentimiento y el respeto. El apoyo legal y social, las leyes robustas contra la violencia de género, junto con los servicios de apoyo, como casas de acogida, líneas de ayuda y asesoramiento. Las ayudas económicas para fomentar la independencia de las mujeres a través de la educación y el empleo. Y muy importante involucrar a las comunidades en la prevención y respuesta frente a la violencia de género. Toda intervención, ayuda y apoyo se queda corto frente a esta lacra, no deberíamos parar hasta que esto se erradique definitivamente. Porque ninguna violencia está justificada, ninguna. Y aquí hago hincapié metiendo las enfermedades mentales, porque muchas personas en esta sociedad piensan que la mayoría de personas que asesinan a su mujer o maltratan tiene alguna enfermedad mental o trastorno, y es totalmente falso, solo el 5 % de los

delincuentes condenados por delitos de violencia cuentan con una enfermedad mental. Tenga una enfermedad mental, física, o no, ningún tipo de violencia está justificada. Y siempre es denunciable, sea por la mujer que la sufre o por vecinos, amigos, familiares, etc.

Hay que dejar de señalar a las supervivientes, escucharlas y, sobre todo, ayudarlas a que el agresor pague todo el mal que ha hecho, pues si la justicia la señala injustamente, luego no se pregunten por qué no denuncian. Y hacer todo lo que este en nuestra mano para que las que aún estén en ese infierno sean capaces de dar un paso tan difícil y a la vez tan importante como denunciar a su agresor, o por lo menos conseguir que sea capaz de contarlo a alguien cuya confianza sea buena.

En un congreso una policía que se dedicaba a los seguimientos de mujeres que habían sobrevivido a la violencia decía: «Un maltratador no suele tener dos víctimas, pero una víctima sí suele tener dos maltratadores, habría que ver qué ocurre con esa víctima».

Aquí la policía supuestamente formada en violencia cometió errores gravísimos, el primero era juzgar a las mujeres que se encargaba de proteger. Pero yo les aclaro. Si al maltratador solo le encuentran una mujer que le ha denunciado, seguramente haya sido la única que se ha atrevido, pero estoy segura de que hay muchas más. Y si ella tiene «varios maltratadores», como dice la policía, es señal de que la mujer no se deja maltratar ni humillar nunca más, por lo que decide denunciar a quien le hace daño y la violenta, para nunca más guardar silencio ni vivir en la sombra de la violencia.

Hay que cambiar muchas veces nuestra manera de pensar, pues podemos causar mucho daño, sobre todo si nos dedicamos a ayudar o proteger a mujeres que han vivido o viven el infierno que conlleva la violencia de género.

PRESENTACIÓN

Antes de que empieces a leer, me gustaría comentarte un par de cosas... En primer lugar, soy Marce, Marcela o MeriMarce, o incluso María para algunos privilegiados. Me llena de satisfacción que hayas decidido leer mi libro. Perdón si me dirijo a ellas, es decir, si el libro está escrito en Femenino, pero escribir todo el rato ellos y ellas me parecía demasiado pesado.

El libro que sostienes entre tus manos no es de autoayuda, no esperes encontrarte consejos, *tips* o pasos de cómo salir adelante, para nada. Este libro te ayudará de otra manera muy diferente. Busco concienciar, mostrar una realidad silenciada, el sufrimiento de muchas mujeres, pero, sobre todo, busco emocionar. Que te haga reflexionar, que conecte contigo.

Advertirte que el libro es muy duro de leer, son hechos que desgraciadamente ocurren y que la mayoría están ocultos bajo la sombra del maltrato. Por lo que es totalmente comprensible que, si te sientes abrumada, o si sientes que el capítulo es demasiado duro, puedas pararte, cerrar el libro y tomarte tu tiempo, el libro no se va a mover a ningún sitio.

Hablaré, como te he anticipado, de la violencia de género, de un falso amor que parece inquebrantable, de las secuelas que sufre la mujer maltratada, su círculo cercano, y también cómo se intenta justificar esa violencia, cómo se señala a la mujer, la desprotección que sufre, etc.

He querido señalar y hacer hincapié en la salud mental,

ya que esta sociedad tiene la salud mental muy estigmatizada. Y normalmente, en una mujer que sufre violencia de género, su salud mental se ve afectada.

Conocerás todo lo que le sucede a una mujer que sufre violencia de género desde el principio hasta el final, desde sus sentimientos, sus vivencias, lo que calla y lo que habla. Por qué lo silencia y sus mayores miedos. Cada historia es única, cada mujer es única, hay miles de circunstancias que hacen que cada historia y vivencia sea diferente.

Entiendo de dolor, de sufrimiento, de querer abandonarlo todo, por eso quise dedicarme a plasmarlo en líneas, a ayudar, tratar de sanar y abrazar a otras personas, ser feliz con lo que hago con lo que escribo, dar voz a quienes alguna vez fueron silenciadas.

Destacar una cosa muy importante de mi libro y es que está basado en hechos reales.

Espero que en este viaje de lectura consiga emocionarte como a mí escribirlo.

Bienvenida o bienvenido a *Rosas rojas*.

ENTRE SOMBRAS Y SUSURROS

*Entre pasillos fríos, resonando el eco de gritos ahogados, mentes
rotas buscan la paz que se les ha negado*

Entre penumbras y silencios
donde los cuerpos están pero no los pensamientos
ella con sus ojos llenos de tristeza
mas él con una sonrisa melancólica en su rostro,
compartieron penas y dolores

Ella llevaba heridas invisibles en su alma
él cargaba pesares que lo consumían,
ella le mostró la belleza en lo oscuro,
él a reír en la tristeza,
a ser valiente ante adversidades

Ella le hablaba con ternura,
él la escuchaba con atención.

Entre paredes blancas, mis días se deslizaban encerrados. Cansada de silenciar mis sentimientos, en aquel lugar, la intensidad era vista con recelo y castigada. ¿Cómo comprender que me riñeran por expresar mis sentimientos? Solo para que en consulta me instaran a liberar lo guardado, a no permitir que los sentimientos reprimidos me devoraran.

En un laberinto de contradicciones, anhelaba la libertad como un horizonte distante.

Los días y las semanas se deslizaban entre lágrimas y súplicas desesperadas. El enigma del encierro, rodeada de tanto sufrimiento, se erguía como un misterio sin respuesta.

Las rutinas eran un laberinto de tormento, iniciado con el grito estridente de una enfermera que rompía el silencio tras noches de pesadillas. Las duchas se trasformaban en una batalla muda por unos minutos bajo el agua, regido por estrictas normativas.

Superar la batalla de la ducha era un desafío titánico, tras las duchas, llegaba el desayuno, otra batalla sorda por la mantequilla o la mermelada. Evitaba los conflictos, resignada a comer lo que hubiera consciente de que mi mayor batalla allí residía en la alimentación.

Siempre era la primera en ser servida, bajo la atenta vigilancia de una enfermera cuyo ojo escrutador seguía cada bocado, cada movimiento de mis cubiertos, cada leve gesto, como halcón observando a su presa. El desayuno era un ritual de sumisión, marcado por la entrega de medicamentos, pequeñas cápsulas de control que tragaba con resignación.

Mientras las demás se dirigían al patio, donde la libertad se disfrazaba de privilegio, mi destino era una cama, una prisión de reposo forzado que encadenaba mi cuerpo.

El reloj avanzaba lentamente, y cada segundo era una tortura para mi ansiedad, que imploraba movimiento, acción, vida.

Incumplir el reposo significaba un castigo, un cinturón de contención, prolongando mi agonía en una danza macabra de sumisión y rebeldía.

Al fin, liberada de esa pesadilla, me unía a mis compañeras, navegando juntas por la monotonía de la mañana hasta la hora del almuerzo, en la que el meticuloso ritual del desayuno se repetía.

Las tardes traían un breve respiro, una brisa suave en forma de terapeutas, cuya llegada rompía la monotonía. Participaba poco, pero a veces encontraba en mí la fuerza para involucrarme, buscando un escape temporal, un atisbo de alivio. Hasta la hora de la cena con el mismo proceso meticuloso.

Regresábamos a nuestras habitaciones, esperando la medicación nocturna, los suplementos prescritos, los sueños que se mezclaban con nuestras pesadillas.

Cada día una repetición interminable, un ciclo de control y desesperación, donde cada pequeño acto de resistencia se apagaba con más control, más restricciones y menos libertad.

Cansada y hastiada de las cadenas invisibles que aprisionaban mis emociones, ansiaba la libertad de expresar mi voz interior, de romper el silencio impuesto que sofocaba mis sueños. Mis súplicas resonaban en el consultorio de la psicóloga, un eco desesperado implorando un respiro ante la opresión de normas que no entendían mi dolor ni mi ansia de liberación.

El sanatorio con su máscara de lugar de sanación, se había convertido en una cárcel para mi mente y mi alma. Cada día era un esfuerzo constante por mantener a raya una tormenta de desesperación que crecía dentro de mí.

Miraba por la ventana contemplando el mundo exterior, espejismo de libertad, un lugar donde mis pensamientos podrían volar sin restricciones y mis emociones volar como ríos desbordados.

En la soledad de la habitación, las paredes parecían cerrarse, asfixiándome con su proximidad. El techo, mi único confidente, reflejaba mis noches en vela, donde los

pensamientos giraban en espirales de ansiedad y esperanza, poca esperanza. A veces, la luna se asomaba por la ventana, y en su luz pálida encontraba un consuelo efímero, un recordatorio de que más allá de esas paredes existía un mundo.

Pero entonces apareció él, susurro del destino, acercándose sin prisa, pero con una determinación que desarmó mis defensas.

—Hola, ¿te importa si me siento aquí? —susurró con una voz que parecía acariciar el aire.

—En absoluto, estoy bastante aburrida, no hay mucho que hacer —respondí, sorprendida por su llegada tan repentina.

—Por cierto, mi nombre es Alex, ¿y el tuyo? —dijo, esbozando una sonrisa.

—Yo...

—Espera un momento. Déjame adivinar... eres ¡Paula! —exclamó con entusiasmo.

—Sí, ¿cómo lo sabes? ¿Nos conocemos? —pregunté, cautivada por su energía y la misteriosa conexión que parecía haber entre nosotros.

—Tú a mí no, pero yo a ti sí. Desde que llegué al hospital hace dos semanas, tus pasos silenciosos y tu mirada serena me cautivaron. Eres la calma en medio de la tormenta, una brisa suave en medio de las hojas secas —explicó con una dulzura que me enrojeció.

—Soy todo lo contrario, pero te lo agradezco. Aunque es desconcertante, también intrigante. No sabía que alguien pudiera observarme así en este lugar —respondí, sintiendo cómo mis palabras flotaban en el aire denso del hospital.

—Aquí nada es normal. Mira a tu alrededor, estamos rodeados de desequilibrados —dijo con una sonrisa maliciosa.

—Estamos rodeados de personas, o en todo caso de personas enfermas —respondí, molesta.

—Ya me atreví a hablarte, me gustaría conocerte. No perdemos nada, ni tenemos otra cosa que hacer aquí

—dijo él, sus ojos brillando con una mezcla de esperanza y nostalgia.

—Tienes razón —respondí con una tímida sonrisa.

Quise conocerlo, y la primera pregunta que me surgió fue el porqué de su encierro en aquel lugar. Mi curiosidad, aguda como el filo de una navaja, no pasó desapercibida.

—Eres muy directa —comentó con una sonrisa, pero su respuesta me dejó perpleja—. Estoy aquí por temas de ansiedad. Sufro mucho estrés y mi familia decidió internarme.

No me lo creí del todo. Aquel chico parecía rozar los treinta años, y no sonaba lógico que a esa edad su familia decidiera por él. Además, no mencionaba ninguna discapacidad que justificara su autonomía. Estar ingresado solo por ansiedad, aunque posible, normalmente solía venir acompañado de algo más.

—No suena muy convincente —dije, intentando leer más allá de sus palabras.

—A veces, la verdad es tan simple que cuesta creerla —replicó, sus ojos brillando con una mezcla de tristeza y desafío—. Pero entiendo tu escepticismo. Este lugar nos hace dudar hasta de nuestras propias sombras.

Sentí un nudo en el estómago. Sus palabras llevaban un peso que trascendía la mera explicación. Había algo en su mirada, un abismo de secretos y dolores no compartidos.

—Lo siento, no quería ser indiscreta —dije, suavemente, intentando no alejarlo con mi duda.

—No te preocupes. Aquí, todos llevamos una carga invisible. La mía es solo una de tantas —respondió, dejando caer una pausa que parecía interminable.

Su voz, cargada de una melancolía palpable, me envolvía. El aire parecía detenerse a su alrededor, como si el tiempo mismo quisiera escuchar su historia. En ese instante, supe que había más en su relato, algo profundo y oculto que solo el tiempo y la confianza revelarían. Mi corazón, sin embargo, no podía evitar latir con una mezcla de curiosidad y

temor, ansiando desentrañar los misterios que se ocultaban detrás de sus ojos.

Dejamos atrás aquello y nos sumergimos en la esencia de nuestros seres, en descubrir quiénes éramos, qué nos apasionaba y qué detestábamos. Le confié mi pasión por el arte, mis trazos llenos de emociones contenidas, mientras él me revelaba su devoción por el deporte y la musculatura que cincelaba con esmero.

Entre risas compartidas y bromas cómplices, descubrimos un vínculo que desafiaba las circunstancias opresivas que nos rodeaban.

Las noches continuaban siendo testigos de mis pesadillas, esos oscuros compañeros que invadían mis horas de sueño, dejándome exhausta y anhelando un respiro que solo Alex parecía proporcionarme. Desde que nos vimos, sentimos esa conexión, una conexión que con el paso de los días y semanas se fortalecía, una amistad que no cualquiera entendería.

Sus abrazos eran refugios, sus palabras eran puentes sobre aguas turbulentas, y en cada mirada hallaba la calma que tanto necesitaba.

En cada encuentro, las horas se diluían como polvo de estrellas en el firmamento, y nuestros corazones, vulnerables pero unidos, encontraban consuelo en el eco de nuestras confidencias. En sus ojos, vislumbraba el eco de historias no dichas, secretos susurrados en la penumbra de la noche.

A través de la complicidad de nuestras conversaciones, forjamos una amistad que trascendía las palabras, una conexión tan profunda como el océano que abraza la costa en silencio. Alex con su presencia serena, transformó mi cautiverio en un viaje compartido de introspección y esperanza.



REFLEJOS DE ENVIDIA ENTRE PASILLOS

*Susurros de celos al viento, miradas que hieren como cuchillos, el
corazón latiendo con tormento, en el ambiente se cierne el peligro*

Él la observa en silencio,
su agonía de verla con otros le llena de heridas,
celos que le queman por dentro,
rabia que lo consume en silencio

No puede evitar sentirse celoso,
al ver que otras manos la tocan,
él quisiera ser su único gozo

Él la observa,
como ella se ríe, le dedica su atención a otros,
y en su pecho crece tormento,
pues en su mente, solo ella es su única pasión

En mi mundo, San Valentín danza en el aire como un susurro de emociones entrelazadas, siempre he creído que es una absurdez. Pero cada año acabo celebrándolo con mis amistades, compartiendo risas y complicidad.

En el hospital, donde los días se deslizaban entre rutinas imperturbables, el día de San Valentín trajo consigo un respiro de color.

Corazones adornaban cada rincón, una efímera paleta de ternura que contrastaba con la severidad del hospital. Entre mis compañeros de batalla, estaban Carlos, un fiel amigo que me acompañaba desde el inicio de mi ingreso, Dani, otro amigo siempre dispuesto a sacarme una sonrisa, pero entre ellos destacaba Alex, cuya cercanía iba más allá de lo convencional.

Decidí tejer un gesto cariñoso entre los hilos de la rutina: tres pandas idénticos, suaves embajadores de la amistad y el consuelo. Para Alex, sin embargo, reservé algo más íntimo. Junto a su peluche, deposité un mensaje, un eco de mis sentimientos entrelazados con los suyos. Anticipé con emoción sus reacciones, los destellos de sorpresa que esperaba ver en sus ojos. Y, en lo más profundo de mi corazón, anhelaba también el permiso del psiquiatra para un breve escape con Alex por los alrededores del hospital, un instante de libertad en nuestro confinamiento compartido.

El sol se teñía de tonos dorados en cada rincón del hospital, mis ojos se posaron primero en Carlos, un faro de tranquilidad entre las páginas de un libro. Mi corazón saltaba con la ilusión de sorprenderlo y, sin vacilar, corrí hacia él con la bolsa que tenía en su interior el panda, símbolo de nuestra amistad.

—¡Feliz San Valentín, Carlos! —exclamé, dejando que la emoción resonara en mis palabras mientras le entregaba el regalo.

Carlos con su eterna calma, se sobresaltó ligeramente, sus ojos brillando con una mezcla de sorpresa y alegría.

—¡Caray, Pau! ¡Me has asustado! —Rio suavemente, su voz llenando el espacio entre nosotros con calidez y complicidad.

—Lo siento —murmuré, aunque mi sonrisa traviesa delataba mi alegría por sorprenderlo así.

—¡Muchas gracias! También tengo algo para ti —dijo Carlos, devolviéndome la sonrisa mientras entregaba su propio regalo.

—¡Ay! —respondí con un abrazo sincero, dejando que mis sentimientos encontraran su expresión más pura.

Era un pequeño oso azul con un corazón entre las patitas, el cual encontró su lugar en mis manos, una muestra de afecto que calentó mi corazón en aquel día.

—¿Sabes por dónde anda Dani o Alex? —pregunté a Carlos, mientras nuestros ojos exploraban el entorno en busca de nuestros amigos.

—A Dani lo vi en el gimnasio hace un rato. De Alex, no estoy seguro —respondió Carlos, su voz tranquila tejiendo un hilo de amistad en cada palabra.

—Gracias, Carlos. Eres increíble —dije con una sonrisa agradecida, despidiéndome para continuar mi búsqueda con esperanza renovada.

Mis pasos me llevaron al gimnasio, donde el aire vibraba con energía ese día. Allí encontré a Dani, su rostro iluminándose al verme.

—¡Paula! —exclamó.

—¡Dani! ¡Feliz San Valentín! —exclamé, entregándole el regalo que llevaba con cariño.

Dani recibió el obsequio con gratitud, sus ojos brillando con ternura y afecto.

—Muchas gracias. Tengo algo para ti, aunque sea algo sencillo —dijo tímidamente mientras me entregaba una pequeña caja.

—Eres maravilloso, Dani. Gracias por ser así de especial —respondí con emoción, abriendo la caja con cuidado para

descubrir una pulsera adornada con *charms* que simbolizaban nuestra amistad.

—Me encanta —susurré, dejando que mis palabras expresaran el valor que tenía para mí nuestra amistad—. Por cierto, ¿has visto a Alex? No lo encuentro por ningún lado. El hospital es grande, pero deberíamos poder encontrarlo —pregunté, mis ojos buscando a través de la sala, esperando alguna señal de su presencia.

—Ahí está —susurró Dani, señalando discretamente hacia una esquina del gimnasio que se encontraba detrás de mí.

Al encontrarme con la mirada de Alex, su mirada normalmente serena, estaba ahora enrojecida, mezclada de emociones que no sabía descifrar de inmediato, sus palabras cortaban como cuchillas afiladas en mi corazón.

Al extenderle el regalo, que había guardado con tanta ilusión, no pude contener mi emoción. Pero su reacción fue todo menos lo que esperaba.

—Toma, Alex, ¡feliz San Valentín! —dije con entusiasmo, ofreciéndole la bolsa.

Sin embargo, la respuesta de Alex fue un vendaval repentino que sacudió nuestro pequeño universo. Su voz, cargada de furia y confusión, resonó en los pasillos de aquel hospital, atrayendo miradas curiosas y murmullos entre los pacientes que pasaban cerca.

—¿Le das un peluche a ellos y luego a mí? ¿Y esperas que acepte tu regalo después de repartir peluches a otros hombres? —Su tono era agudo, lleno de una intensidad que cortaba como cuchillas en mi corazón.

—Son mis amigos, Alex. En San Valentín, les regalo a mis amistades —respondí con voz temblorosa, tratando de mantener la calma mientras sentía la vergüenza de las miradas curiosas a nuestro alrededor—. Además, no somos pareja, y aunque fuéramos pareja, podría tener detalles con ellos porque son importantes para mí, y no tiene nada de

malo que tenga detalles con las personas que son importantes en mi vida. Por favor, acepta mi regalo.

Mis palabras flotaban en el aire, impregnadas de una sinceridad que esperaba que él pudiera entender. Pero Alex, en medio de su propia tormenta interna, arrojó la bolsa al suelo con un gesto brusco, esparciendo el contenido.

—¡No me importa! ¡Si son tan importantes para ti, lárgate con ellos! —gritó al arrojar la bolsa. Desapareciendo con pasos rápidos y pesados.

Permanecí allí con el corazón en un puño y las lágrimas amenazando con escaparse, mientras recogía con las manos temblorosas lo que Alex había desechado al suelo. El día que había imaginado con ilusión se desvanecía entre mis manos, como arena fugaz, dejándome confundida y abrumada por las emociones que se agolpaban dentro de mí.

El hospital, envuelto en una quietud opresiva, parecía comprender la intensidad del momento, como si cada segundo del reloj resonara con la carga emocional que nos envolvía. Sentí cómo la tristeza se posaba sobre mis hombros, susurrándome preguntas sin respuesta sobre qué había hecho mal, si había cometido algún error imperdonable o si simplemente había sido incapaz de descifrar los sentimientos de Alex.

Las lágrimas, no pudiendo contenerse más, pequeños ríos de cristal líquido, rodaban por mis mejillas mientras contemplaba el peluche abandonado en el suelo. Una prueba tangible de un San Valentín que se desmoronaba bajo la sombra de las palabras no dichas y gestos incomprensibles.

EL ENCANTO DE LO INESPERADO

*Ilusiones naciendo en un entorno lleno
de corazones rotos*

En sus ojos siente la paz,
en sus brazos encuentra el consuelo,
en su compañía la felicidad

Aunque muchos no lo comprendan,
su cariño hacia él es sincero, profundo
y en medio del dolor encuentra un refugio

Se prometen estar el uno para el otro,
aunque la vida sea tan incierta,
juntos enfrentarán las tormentas

Después del tumulto de San Valentín, los días se deslizaron entre susurros de reflexión en busca de respuestas esquivas. Días después, en los pies de mi cama, reposaba una rosa roja, una caja misteriosa y una nota que llevaba entrelazada una disculpas:

Paula, lamento profundamente haberte mostrado mi peor versión. Este lugar con sus muros fríos y su inquietante silencio, despierta sombras que luchan por salir. Perdóname y acepta este humilde regalo, entregado con el peso de los días transcurridos.

Dentro de la caja, envuelto con cuidado, yacía un collar de delicada belleza, susurro de redención entre gemas relucientes. Mis labios se curvaron en una sonrisa leve al recordar los momentos compartidos con Alex, sus gestos de cariño y sus palabras reconociendo sus errores. En ese instante, decidí perdonarlo, comprendiendo que incluso en la oscuridad más profunda, el alma humana puede deslumbrarse con actos de sinceridad y arrepentimiento.

Algo en mí estaba cambiando y no solo era una sensación interna; el personal sanitario también lo notaba. Mis transformaciones eran evidentes, y la amistad especial que compartía con Alex ya se había convertido en un murmullo constante en todo el hospital, propagándose como un susurro de brisa entre aquellas paredes.

Las preguntas comenzaron a llegar, envueltas en risas y comentarios, tanto favorables como despectivos. La interrogante constante sobre si teníamos una relación se volvía incesante. Mi respuesta siempre era la misma: negaba rotundamente, insistiendo en que éramos simplemente buenos amigos. Para mí, una relación en un hospital no me parecía adecuada, nuestras almas no estaban lo suficientemente sanas para comenzar algo nuevo. Sin embargo, Alex respondía de manera distinta, lo cual confundía aún más a quienes nos